

Ante el animal. Dos historias políticas¹

Gabriel Giorgi / New York University

Resumen:

Dos coordenadas parecen conjugar las intervenciones más relevantes en torno al animal en los recorridos críticos del presente. Por un lado, la relación entre cuerpo y capital, sistemáticamente jugada en torno a la vida animal. Por otro, la relación entre vida y derecho, que encuentra en el animal un límite siempre en disputa. El presente ensayo analiza estas coordenadas en torno a dos historias que condensan estas coordenadas de análisis.

Palabras clave: animalidad; biopolítica; crítica cultural.

Ante el animal. Dos historias políticas

¿Por qué estamos pensando, especialmente en las últimas dos décadas, tan recurrentemente, la “cuestión animal”? ¿Que se juega en esos esfuerzos tan diversos por hacer que el pensamiento se dirija hacia los animales pero también, sobre todo, que se active junto a ellos, abra una línea de relación - ciertamente opaca, llena de fricciones y ambivalencias, y por eso mismo potente - con lo animal? ¿Por qué la pregunta por el animal se volvió una pregunta con relevancia crítica, esto es, con capacidad para interpelar zonas muy vastas y muy heterogéneas del pensamiento, la sensibilidad y la acción? ¿Cómo dar cuenta de esos desplazamientos?

La cuestión animal abrió, de modos sin dudas heterogéneos y urgentes, una línea oblicua de politización de la cultura, allí donde la cuestión política va directamente al umbral de lo *viviente*, de los cuerpos en su existencia material, marcados por su vulnerabilidad y su precariedad a la vez que por sus potencias y sus errancia (el “azar permanente” en el que se desenvuelve la vida, decía Foucault) que los vuelve capaces de ensayar, cada vez, lo nuevo. La luz de lo viviente descentra el foco en lo humano, iluminando un continuum que es el de los cuerpos y el tejido de su interdependencia. Es sobre ese horizonte que muchas indagaciones estéticas figuran y trabajan una politicidad de los cuerpos allí donde entra en disputa y en lucha la frontera entre las vidas que importan, las vidas a proteger, las vidas a proyectar en el futuro, y aquellas otras vidas que, en cambio, se marcan para el abandono, para un morir lento o acelerado pero siempre administrado, decidido, vuelto asunto político. El contexto de la pandemia de COVID-19 dramatiza, a una escala inconcebible meses atrás, escenifica de modos inéditos ese horizonte de lo viviente como tejido compartido a la vez que iluminado políticamente, allí donde el contagio nos recuerda no sólo las fronteras entre los cuerpos sino su dimensión inter-especie — la hipótesis del virus zoonótico, generado por modos de producción y consumo de carne animal, es la más insistente allí donde nos preguntamos por el origen de la pandemia.

En tal contexto, vale la pena indagar tentativamente en algunas de las coordenadas más insistentes, a veces elusivas, que anudan la pregunta por el animal con el pensar contemporáneo.

Me gustaría intentar, menos que responder a estas preguntas, mapear algunos de los itinerarios que proponen a través de un desvío y alrededor de dos historias

(historias, como se dice, “reales”) en torno a lo animal que parecen condensar, en su contraste y en su espejeo, algunos de estos vectores que llegan hasta nuestros días: historias que sintetizan, me parece, algunas de las interpelaciones que animan nuestro pensar a y junto a los animales. Se trata de dos historias que vienen de la primera mitad del siglo XX: historias de las que nos separa un siglo aproximadamente. Historias, entonces, del pasado moderno: de una modernidad de otro siglo, en la que los animales tuvieron un protagonismo impensado, y que hoy se revela como un linaje de lo contemporáneo, la materia de la que estamos hechos.

Un desvío, entonces, para mapear algunas intersecciones entre pensamiento y animalidad que sitúan “el presente.” Dos historias que transcurren en ambos extremos de las Américas. Dos historias del siglo XX, que nos recuerdan, muy dramáticamente, que no hay historia puramente humana, social o civilizacional entendidos como territorios propiamente humanos, sino que la historia, siempre, tiene lugar *ante lo no humano*, y muy sistemáticamente, *ante lo animal*.

Cuerpo, capital, animal: matadero y valor

La primera de esas historias transcurre en Chicago, a comienzos del siglo XX. Los mataderos de Chicago (por ejemplo, de la compañía Swift que se expandirá hacia Sudamérica pocos años después, y será el modelo de producción taylorista en la región), en su afán modernizador de la producción, diseñan *el matadero en altura*: animales muertos colgando en rieles y cuyos miembros van siendo separados en secuencias pautadas, mecanizadas, para optimizar la ecuación entre tiempo y maximización en la producción. Ya no se trata de aquel viejo matadero anti-higiénico, plagado de desperdicios (como el que narra Esteban Echeverría en *El matadero*: el de la sangre, la fiesta y la violencia política) sino del matadero mecanizado, maximizado en su eficiencia, que va “desmontando” el cuerpo del animal, separando sus partes y especializando funciones. Es el matadero de Brecht (en *Santa Juana de los Mataderos*) y sobre todo el de Upton Sinclair en *The Jungle*. El matarife deja de ser aquella figura sangrienta, entre la perversión y el juego: ahora es un obrero; se volverá incluso, en este momento, el paradigma mismo del obrero moderno.

En ese contexto, y según cuenta el propio Henry Ford (1922) en su autobiografía, los mataderos de Chicago se convirtieron en la inspiración para la *línea de montaje mecanizada*, la que dará lugar a la industria automotriz masiva y, por lo

tanto, a ese modelo de producción y de consumo que llamamos “Fordismo.” El matadero “en altura” secuencia el desmembramiento del cuerpo del animal, que va siendo procesado en partes según tareas preasignadas y repetitivas para cada trabajador. De modo simétrico pero inverso, la línea de montaje mecanizada consiste en el montaje del “cuerpo” de lo que será el automóvil. La lógica es la del ensamblado y desensamblado de partes sobre las que se juega el mecanismo del valor: la racionalización y tecnificación de la relación entre “partes” y “todo”; la capitalización de esa relación de composición y de-composición. En la matriz de esa lógica, que será central a la producción masiva (y por lo tanto, a la expansión del capital), el cuerpo del animal.

Entonces, en los comienzos del Fordismo, en uno de sus comienzos al menos, está el animal; el cuerpo animal como el cuerpo paradigmático de la mercancía: lo que se invierte de valor (desde los orígenes del *capitalismo*: el “stock”) y que en la inflexión de la expansión industrial y del consumo masivo del período fordista vuelve a tenerlo como matriz, como paradigma de su configuración más representativa. *El animal emerge allí como el cuerpo paradigmático de la explotación del capital*; o, dicho de otra manera el animal como el umbral desde donde se hacen visibles y se leen las *operaciones de anudamiento entre cuerpo y capital* – esto es, entre la vida y la muerte de los cuerpos, y las lógicas de explotación del capital.

Lo que emerge en la historia del matadero de Chicago como paradigma del matadero global y de la industria de la carne que llega hasta nuestros días, no es sólo la interpelación moral sobre el dolor y la muerte del animal como criatura sintiente, sino también, quizá *sobre todo*, la política de un modo de producción y de extracción de valor en el que la relación entre “cuerpo” y “capital” – y por lo tanto, entre “vida” y “capital” – *pasa necesariamente por el cuerpo animal*, por los modos de gestionar la vida y la muerte de los cuerpos llamados animales, pero no se detiene en ellos: el cuerpo animal se constituye en el paradigma y la matriz de los modos en que el capital extrae valor de los cuerpos en general.

Esto es lo que las ficciones en torno a los mataderos modernos, desde *The Jungle* hasta las muy recientes como las de la brasileña Ana Paula Maia (*De gados e homens*), revelan respecto del funcionamiento del capital: la de la continuidad entre humano y animal en los modos de extracción de valor; el punto de deslizamiento implacable por el cual los trabajadores humanos se confunden, inevitablemente, con el cuerpo de los animales que matan para el consumo de otros. No se trata, dicho de otro

modo, de los modos por los cuales el animal, históricamente y hasta nuestros días, se vuelve un cuerpo intensamente saturado por operaciones de capitalización; revela también el hecho de que *lo que cuenta para el capital son los cuerpos en tanto que tales*, independientemente de la especie – pero esto sólo se pone en evidencia ante el animal.

El capital no registra, al capital no le interesa, no le da relevancia a la distinción “humano”/“animal.” El capital *sólo ve cuerpos* de los que se extrae valor o no, cuerpos capitalizables o no. El capital ve el *continuum* de cuerpos, no la especie. Sí ve, evidentemente, inflexiones, cesuras, ordenamientos: ciertos cuerpos – animales, o racializados, o marcados por el género – son más explotables que otros. Pero la distinción no pasa por la especie sino por la gramática móvil de extracción de valor. Es una máquina de guerra de clase: de una clase privilegiada contra sus otros – los cuerpos explotables, humanos y no-humanos – a los que sólo ve como ocasión de extracción de valor y de explotación. El humanismo fue siempre una máscara del capital: el discurso de su legitimación, nunca su verdad; la ontología de lo Humano siempre estuvo subterránea por el *continuum* biopolítico del cual se extrae valor. El animal en la línea de montaje fordista es el paradigma de ello, el momento en que ese continuum se hace visible.

Ese continuum, el del viviente que avanza hacia su conversión en mercancía, es uno de los vectores que animan la pregunta por el animal. Porque allí la pregunta por el animal es siempre, necesariamente, inevitablemente, la pregunta *por la relación* en general entre los cuerpos y el capital, entre vida y mercancía. El animal, el “capital animal” (Nicole Shukin), es la instancia donde esa pregunta se articula.

Esa interrogación recorre muchas de las investigaciones en torno al animal, allí donde la pregunta por el animal pasa por la pregunta por una ética y una política del consumo en el paisaje de un siglo XX que, por ejemplo, expandió (porque esto, quién lo duda, venía de antes) la producción de carne hasta el umbral de lo que Derrida no dudó en llamar *holocausto*.

Derechos, humanos, animales

La segunda historia es una historia sudamericana. Sucedió en Brasil, en 1936, inmediatamente después de lo que constituye uno de los primeros intentos de revolución comunista en América Latina, la Revolta Vermelha (o el nombre peyorativo

que le dieron los conservadores: Intentona Comunista.) Los líderes de la Revolta van presos; la policía de Rio tortura brutalmente a uno de ellos, que a la militancia comunista le suma el hecho de ser de origen judío-alemán. La cosa adquiere estado público; un abogado católico – Sobral Pinto – asume la defensa del preso político. Después de sucesivos e inútiles *habeas corpus*, intenta un golpe de efecto: invoca la “Lei de proteção dos animais” que el gobierno de Getulio Vargas acababa de aprobar, y que condenaba, al menos en abstracto, las formas de maltrato y de crueldad innecesarias contra los animales. En el contexto de la suspensión de los derechos de la persona – el estado de excepción que el gobierno de Vargas está instalando –, ya que no puede defender al preso político como sujeto de derecho, el abogado apela a su “parte animal”: las condiciones de vida – la supervivencia misma – de ese cuerpo. *Para defender al preso político se lo animaliza*: lo que será una historia de los orígenes de los “derechos humanos” – Sobral Pinto será saludado por algunos como el “padre” de los derechos humanos en Brasil, justamente por su defensa del militante comunista – *tiene al animal en su núcleo*. La relación entre “derecho” y “el hombre” – tema arendtiano, y desde allí con todas sus inflexiones hacia biopolítica, soberanía y gubernamentalidad – pasa, en esta historia brasileña, por una relación con lo animal y con el animal: *la línea de exterioridad que la constituye*. (Giorgi, 2014)

En el momento en el que la pregunta por el derecho se piensa en relación a un Estado que reclama siempre, y cada vez más, su poder de terror, que su voluntad de aplastar la vida que se le resista, ese nudo entre derecho y violencia que habita en el corazón de los Estados modernos se ilumina y se piensa, una vez más, desde el animal. Esa es la historia recurrente del animal en la cárcel latinoamericana: en uno de los orígenes de los “derechos humanos.”

La pregunta por el animal como sujeto de derecho, y por la construcción misma de lo legal en relación a lo no-humano, es inseparable de esta centralidad – desplazada, punto ciego – del animal y de lo animal en la configuración de lo estatal-moderno, como figuración sistemática de esa “nuda vita” de la que habla Agamben, y que será constitutiva de la sujeción de los cuerpos al poder estatal. Esa línea es la otra interpelación que llega desde el animal hasta el pensamiento contemporáneo, ante la pregunta por la relación con el derecho y con los modos de construcción de sentidos jurídico-políticos en torno a lo animal, lo “natural” y lo humano.

Leer el *continuum*, hacer agenciamientos

¿Qué nos dicen estas historias sobre esta insistencia creciente del animal en nuestra imaginación y en las formas de saber y pensar de las últimas décadas, de las cuales este volúmen es indicación? Una lección bastante simple, y a la vez difícil de aprender: que las matrices humanistas que sostienen los ideales del capitalismo como fórmula del progreso y que, por otro lado, sostienen los vocabularios de la ciudadanía y el sujeto de derecho como defensa de la “vida humana” fueron siempre subtendidas por la realidad material de los cuerpos, del continuum biopolítico que enlaza a animales y humanos (ciertos animales y ciertos humanos) que se vuelven las terminales de la explotación del capital y/o de la violencia del poder estatal. Como señala Cary Wolfe (2012), la economía que distribuye *bios* de *zoé*, vida protegida y vida abandonable, no responde nunca a una ontología de la especie sino a lógicas biopolíticas que no operan sobre la distinción estricta entre humano y animal, sino por modos de anudamiento, agenciamientos y tráfico, que deben ser pensados en sus propios términos.

Pensar ante y junto al animal es fundamentalmente pensar esa contigüidad y esa continuidad humano-animal que opera como terreno y núcleo de muchas operaciones de dominación y de control, tanto del lado de la explotación económica como de la sujeción y control políticos. Humano / animal es, frecuentemente (quizá mejor: fundamentalmente) una distribución biopolítica, móvil, estratégica, que obedece y sirve a mecanismos de explotación y control de los cuerpos. La tarea crítica no es sólo desmontar esa distribución, sino también producir otras imágenes, otros lenguajes, otros sentidos que den cuenta y potencien los ensamblajes humano-animal: modos de relación, del afecto, de la supervivencia, que no escenifiquen una ontología de las especies sino esa “justicia interspecie” de la que habla Donna Haraway (2016): modos del vivir y morir “con” otros cuerpos, componiendo sentidos “no-anthropocéntricos y no-anthropomórficos” de los lugares vividos y de los modos de experiencia. Es en esas imágenes, lenguajes y saberes sobre ensamblajes interspecie – que no son necesariamente de “armonía”, sino fundamentalmente políticos – es donde se articulan no sólo marcos de inteligibilidad ética de los animales no-humanos sino sobre todo reconfiguraciones de un “entre cuerpos” en el que se afirman redes de interdependencia vital y de “supervivencia colaborativa” (Tsing, 2015) que reclaman, siempre, el desmontaje de las lógicas del excepcionalismo humano. Marcos biopolíticos para volver sentido los agenciamientos entre humano-animal que

constituyen, tan decisivamente, la vida de nuestros cuerpos, en el corazón de eso que llamamos – de modos que hay que disputar, una vez más – propio.”

Continuum de lo viviente, agenciamientos singulares: allí situar nuestras prácticas estéticas y nuestras prácticas críticas.

Referencias bibliográficas

Ford, Henry, *My life and work*, Garden City, NY, Doubleday, Page & company, 1922

Giorgi, Gabriel, *Formas comunes. Animalidad, cultura, biopolítica*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2014

Haraway, Donna, *Staying with the Trouble. Making Kin in the Chthulucene*, Durham, Duke University Press, 2016

Shukin, Nicole, *Animal Capital. Rendering Life in Biopolitical Times Minneapolis*, Univ Of Minnesota Press; 2009.

Tsing, Anna, *The Mushroom at the End of the World. On the Possibility of Life in Capitalist Ruins*, Princeton, Princeton University Press, 2015

Wolfe, Cary, *Before the Law. Humans and Other Animals in a Biopolitical Frame*, Chicago, University of Chicago Press, 2012

¹ Una primera versión de este texto apareció en Navarro, Alexandra y Gonzales, Anahí, *Es tiempo de co-existir. Perspectivas, debates y otras provocaciones en torno a los animales no-humanos*, La Plata, Editorial Latinoamericana Especializada en Estudios Críticos Animales, 2017.